

Nota del autor

Willy Melodia, protagonista de esta novela, es el compendio de los personajes curiosos y anómalos que he ido encontrando en las extravagantes historias que han llegado hasta mí a lo largo de una dilatada carrera como cronista. Cada uno de ellos ha contribuido a dar forma, enriquecer y afinar a Willy hasta el momento en que éste se ha convertido en un ser independiente respecto a todo y respecto a todos. Aunque Willy, a pesar de ser hijo de la imaginación al igual que tantas otras figuras que hallaréis en el libro, se mueve en un contexto y una época bien precisas, y los acontecimientos y los hombres con los que se cruza forman parte de la crónica y la historia del siglo XX.

A través de la visión personal de Willy, que nunca va más allá del ojo de la cerradura, el libro da buena cuenta de auténticas celebridades del mal, como Charles Luciano o Ben Siegel, y de episodios igualmente verídicos, como por ejemplo la primera elección de Roosevelt en 1932.

La aventura de Willy entre Italia y Estados Unidos es idéntica a la que emprendieron, por libre elección o por necesidad, muchísimos emigrados. Así pues, sus mil y una adversidades y sus pocas sonrisas reflejan episodios que la tradición oral transmite desde hace decenios con tanto detalle que resulta imposible distinguir hoy la realidad de la leyenda. Y, sin embargo, Willy juraría que cada hecho sucedió exactamente como él lo recuerda. Pero a nadie se le escapa que la memoria de un nonagenario puede jugarle a veces alguna que otra broma pesada.

1

¡Ah, América!

Hay que joderse, soy el último que queda... Hasta el viejo Joe ha librado el alma a su Dios. Acaban de decirlo en la tele. No tenía ni idea de que Giuseppe Bonanno todavía estuviera vivo: era cinco años mayor que yo —él era de 1905 y yo de 1910—, y podría haber desaparecido desde el día en que nació. Pero no, tuvo que llegar hasta los noventa y siete para empezar a expiar sus pecados.

Qué terrible es la vejez, el más infame de los castigos. Significa ir bajando peldaños que nunca más vas a poder subir. Cada día más abajo. Poco antes de morir, Luciano me decía: «Willy, con todas las que he armado en la vida, y ahora tengo que preocuparme por si meo o cago». Aunque hay que reconocer que Luciano, a diferencia de Bonanno, tuvo la muerte de un gran señor: un tiro sordo y si te he visto no me acuerdo. Puede que se la buscaran, pero al fin y al cabo tuvo una buena muerte: sin sufrimientos, sin advertencias, cuando todavía tenía un montón de proyectos. ¿También habrá sido así con el viejo Joe? No lo creo: a nuestra edad uno se apaga como una vela. Vemos a la Negra Señora que se acerca y nada puede hacerse para evitarla. Si es cierto que siempre son las mujeres que joden vivos a los hombres, ésta nos jode más que todas las demás juntas.

Yo, por suerte, ya estoy acostumbrado: tuve la vida que todos quisieron, lo máximo que pude hacer fue ponerle la banda sonora.

Fue en 1933. La recuerdo como si fuera ayer, la tarde en que coincidí con Bonanno. Bastaba con llamarle Joe Bananas para cabrearlo. Estábamos en la suite de Luciano en el Waldorf Astoria. No faltaba nadie: Costello, Lansky, Adonis, Gambino, los herma-

nos Mangano, Genovese, Moretti, Siegel... Ben era el más simpático, un judío austriaco completamente chiflado. «¡Eh, tú, Bugsy!», lo llamaba algún insensato sin saber que se la estaba jugando. Por otra parte, ¿a quién le gusta que le llamen «loco provocador»? A Ben, este mote se lo pusieron los chiquillos del Lower East Side de Nueva York, a quienes mangaba las canicas de vidrio de colores. Practicaba con ellos, mi amigo Ben...

En el Waldorf Astoria corrían tiempos en que los compadres podían costearse todos los caprichos, ganaban millones a espuestas, les besaban el culo los políticos, los fiscales, los empresarios, las mujeres guapas. Pero Bonanno era distinto: había formado una familia, volvía a casa antes de la cena y arropaba bien a los niños con las mantas. Los demás convertían el día en noche y la noche en día, mientras que él fichaba en el trabajo todas las mañanas. Era moderado en todo, amo y señor siempre de las propias pasiones. La suya fue una vida de ahorro. Se contentaba con lo mínimo por miedo a que lo máximo le obligara a correr riesgos. No le gustaban las cartas, no le gustaban los caballos, no le gustaban las apuestas, no le gustaba la música, no le gustaban las bailarinas, las cantantes, las actrices; en definitiva, aquellas mujeres que se abrían sin problemas y que eran nuestra obsesión. Bonanno era el único que no se emocionaba con las canciones: Charles Gambino lloraba cada vez que escuchaba *Torna a Surriento*, y eso que él venía de Palermo.

Hoy en día esos tipos se encuentran sólo en los libros, en las películas, en los documentales de la tele, pero yo los he conocido del primero al último, he comido con ellos y con ellos he bromeado, los he tenido delante de mi piano, a todos, en fila: vamos, Willy, tócanos *Sophisticated Lady*... Vamos, Willy, tócanos *Moonlight Serenade*... Vamos, Willy, tócanos *St. James Infirmary*...

Gente divertida, gente resuelta, gente con un par de cojones que no dudaban en agacharse hasta el suelo y barrer el polvo de las aceras. Gente chapada a la antigua. Por supuesto que no eran buenos chicos, o puede que lo fueran a su manera: vivían al minuto, tenían que atrapar la vida. Tenían prisa por ganar cuatro perras, así que no tuvieron tiempo de recibir una buena educación. Su única escuela fue la calle, y sus métodos, los que habían aprendido andando por ahí. Y, con todo, obligaban a la administración Roosevelt a llegar a ciertos pactos.

Por algún motivo, hace algunos años la revista *Time* incluyó a Luciano entre los gigantes del siglo XX. Algo querrá decir.

Ya no existen hombres así.

Como tampoco existen ya historias como ésta. Me gustaría que Sal pudiera conocerla: tal vez comprendería por qué tuvo un padre como yo en lugar del padre que se merecía. Por desgracia, yo estaba abonado a los fracasos. Por lo que las veces en que tuvimos algún desencuentro fueron bastante más numerosas que las veces en que hablamos. Y ahora es ya demasiado tarde para empezar la relación que nunca tuvimos. Yo he pasado ya de los noventa, Sal se acerca a los setenta. Yo vivo en Catania, él vive en Los Ángeles. A mí sólo me quedaron los recuerdos, él es un reputado abogado de negocios, y juega al golf.

Y, sin embargo, todo empezó a doscientos metros de aquí.

2

De sol a sol

Nací en una planta baja. La puerta de la entrada era de madera y tenía un agujero rectangular en lo alto, para que pudieran entrar el aire y la luz. En invierno, a pesar del batiente, también entraba el frío. En las noches estrelladas mi madre señalaba con el dedo hacia nuestro rectángulo de cielo y nos hacía montar en el carro de la Osa Mayor y en el de la Osa Menor. Éramos siete hermanos, no siempre obedientes y bien dispuestos a aprender, aunque ella se mostraba implacable en su empeño por que escucháramos y aprendiéramos. No creo que lo hiciera pensando en nuestra cultura, por así decir. Le gustaba escucharse a sí misma, le llenaba de orgullo mostrarnos que ella sabía algo más que las demás madres de Vía D'Amico.

Su otra fijación era la epopeya de los paladines de Francia. Era capaz de pasarse una hora entera contándola. Eso sí que le gustaba. Y, cómo no, el primer deseo de nuestra infancia fue convertirnos en paladines. Nos sentíamos como pequeños Roldán, Rinaldo, Brandimarte, Turpín, Oliveros. Pero ninguno quería ser Agramante o Ganelón: no porque fueran canallas —nosotros, los sicilianos, llevamos en la sangre desde pequeños el ser canallas—, sino porque su destino era la derrota, y a nosotros los sicilianos no nos gusta perder ni cuando somos niños.

Para nosotros no podía existir una vida más hermosa, más importante. En un libro muy antiguo habíamos visto dibujos de corazas centelleantes, de caballos mejor arreados que santa Ágata, de muchachas de rubias cabelleras al viento. El libro tenía las páginas un poco gastadas, con algunas partes rasgadas. Había pertenecido a su padre, y para protegerlo de nuestra curiosidad mi madre lo

guardaba en una consola fuera de nuestro alcance: al lado de la botella de aceite y de la de vino. Las únicas bofetadas que mi padre nos propinó fueron siempre para salvaguardar el tesoro de la casa: crecimos con el terror de romper una de las dos botellas. Si no recuerdo mal, el título del libro no era otro que *Los paladines de Francia*. Mi madre se lo sabía al dedillo, y pretendía que nosotros hiciéramos lo mismo. Hasta los siete u ocho años le seguimos la corriente, después estábamos demasiado cansados para Roldán y Ganelón. Con el correr de los años pudo retomar sus enseñanzas con los nietos.

De mi infancia tengo un recuerdo grabado: mi mamá con el panzón. Siete hijos le vivieron, tres murieron tras el parto. Cada hijo una variz en las piernas: a cada variz mi madre le había dado el nombre del hijo en cuestión. En casa había dos Concettina, dos Orlando, dos Rinaldo. Cuando mis padres tenían debilidad por un nombre no se lo pensaban dos veces. En realidad, la responsable era mi madre: cumplidos los deberes familiares, daba rienda suelta a su fantasía con los nombres que hallaba en ese libro suyo. Los dos primeros niños se llamaron Nino y Peppino, como los abuelos; después llegué yo y me tocó Guglielmo, que enseguida se convirtió en Mino, cuando no en Minuzzo. Después fue el turno de las tres niñas: Agatella y Concettina como las abuelas, pero la primera Concettina nació muerta. Al fin cuatro varones más: el primer Orlando no sobrevivió a la gripe española de 1918, el primer Rinaldo a una regurgitación de leche.

Ninguno de nosotros nació por casualidad o porque hiciera demasiado frío para levantarse y lavarse, como suele decirse, tras cumplir con el deber conyugal. Mis padres nos quisieron a todos y a cada uno de nosotros. Cuando se dieron cuenta de que ya éramos demasiados, decidieron zanjar el asunto. Al fin y al cabo, les llevaban una buena ventaja a las demás familias. En Via D'Amico se competía en serio con los hijos: los hombres mostrando su hombría; las mujeres, la habilidad de no dejar escapar ni siquiera un espermatozoide. El embarazo se exhibía, se paseaba con orgullo por las calles. Mirad qué bien lo he hecho, mirad qué bien lo ha hecho el hombre que he escogido. Nada tenía que ver con ello la falta de pasatiempos, de cine, de tele y de toda la comparsa. Era una cuestión de educación, de costumbres. La misma cuestión que conver-

tía a cada miembro de los Melodia en un individuo solo, en constante lucha con el mundo, aunque viviéramos uno pegado al otro. Mi padre y mi madre nos lo inculcaron de pequeños, como sus respectivos padres y madres se lo habían inculcado a ellos. Y la compañera de este aislamiento que pasa de padres a hijos no es otra que la desesperación que crece en el alma. Creedme, no existen sicilianos que no sean desesperados. Para nosotros el haber nacido es el primero de los pecados.

Catania se extendía detrás de la estación. La tierra había empezado a comerse el mar, pero las olas todavía asomaban bajo los Arcos de la Marina. Las calles no estaban asfaltadas, en las casas no había agua corriente ni electricidad. Los pisos eran glaciares: con el primer frío las paredes se helaban, y a continuación lo hacían las personas. Para luchar contra el hielo que el Etna nos arrojaba contábamos con un brasero y tres estufillas de cobre. El carbón era muy caro, y cada carga del brasero y de las tres estufillas tenía que durar por lo menos una semana. A partir del viernes, encenderlo se convertía en una empresa titánica. Nos poníamos a soplar todos a la vez, y al final lográbamos calentarnos antes de que lo hicieran el brasero y las estufillas. Por la noche, antes de acostarnos, las estufillas y el brasero iban de la cama grande —la única que había, la de papá y mamá— a nuestras yacijas. Sólo había una cosa peor que el frío: el calor y las épocas de sequía en la ciudad. El catanés nace abrasado y pasa el resto de sus días intentando apagar esas brasas. A todos nos apasionan las sandías rojas, los helados, las *granitas*: así nuestra sed es más intensa y nos dejamos llevar por su arrebató.

En Via D'Amico el único antídoto contra las moscas era el polvo que levantaban las mulas, los caballos y los asnos. En cualquier caso, moscas y polvo siempre acababan por entrar en las casas. Sólo había tres casas en los pisos de arriba, es decir, segundos y terceros, que exhibieran en sus balcones una rejilla de cañas que se subía y se bajaba con un cordel, y que se consideraba la única defensa posible contra las moscas y el polvo de la calle. Esa rejilla era un signo distintivo, todas las familias encargaban una apenas tenían un par de liras. Nosotros sólo teníamos una lámpara de petróleo, y además velas de sebo que se consumían en un santiamén. Íbamos a llenar la

tinaja y los jarros a la fuente de Piazza Cappellini, enfrente de un edificio enorme que tiempo atrás había sido un hotel. En lo alto, al final de innumerables peldaños escarpados, se alzaba la iglesia. Tenía un nombre que infundía respeto: Crocifisso della Buona Morte. Don Ferdinando, el párroco, nos vigilaba desde arriba. Una vez al mes convocaba a uno de los nuestros y le tendía una larga vela de cera, procedente de las ofrendas. El escogido debía arrodillarse, besarle la mano. Siempre llevaba el hábito salpicado de manchas y transpiraba sudor a cada centímetro; su mano apestaba a tabaco. Aquel tabaco para oler que se usaba por aquel entonces, que pellizcaban con los dedos y se acercaban a la nariz los curas y las mujeres, que temían escandalizar en público si fumaban cigarrillos y cigarrillos.

A pesar de que yo crecí entre olores y hedores, soportaba sólo los de mi propia carne, no los ajenos. El olor de las axilas de mi madre me irritaba, por así decirlo, pero toleraba en cambio el hedor agrio de las *coppolas*, las gorras sicilianas, que los adultos se quitaban en señal de respeto cuando entraban en casa.

Nuestras tres habitaciones olían a carbón, a cebolla, a madera podrida, a col, a cerrado, a brécol, a pies, a aceite, a excrementos. En la primera pieza, la mayor, desde donde atisbábamos el cielo, había una mesa desproporcionada que había hecho el padre de mi padre, cuatro sillas con asiento de paja, cuatro banquetas, en una esquina el hogar bajo una rudimentaria chimenea y finalmente el retrete: un agujero en el suelo oculto tras una cortina. Al lado empezaba la habitación donde dormían mis padres y dos hijos: al comienzo los más pequeños, después Agatella y Concettina. Al fondo del dormitorio habían levantado una pared de tablas y habían abierto un cuartito: además de leña y carbón, nos albergaba a nosotros. Mi madre, siempre tan industriosa, había colocado entre paredes y techo cinco sacos viejos de harina: nuestras yacijas. De haber descubierto su exotismo, las habríamos llamado hamacas, pero por aquel entonces dormíamos demasiado mal para dedicarnos a buscarles un nombre.

Cada mañana nos despertábamos más negros que al acostarnos. Nada de lavarnos, por supuesto. Porque lo hacíamos de abril a octubre, ya que el mar junto a la estación estaba a menos de un kilómetro de nuestra casa. Y a pesar de que aquel hollín se nos había in-

crustado bajo las uñas, en los poros, en cada pliegue de nuestra piel, antes de agosto no quería ni oír hablar de retirarlo. Afortunadamente el ángel de los pobres debió de protegernos: únicamente Orlando tuvo cáncer de pulmón, ya de viejo. El doctor no se lo explicaba, visto que Orlando jamás había fumado un cigarrillo. Se lo explicamos nosotros.

De noviembre a marzo, con el frío que hacía, nadie tenía ganas de sumergirse en el agua. Mi madre nos mandaba al mar al menos una vez al mes, para que nos diéramos un chapuzón y nos laváramos. La misma obligación tenían, la mañana de la boda, quienes contraían matrimonio. En efecto, nadie se casaba en otoño y en invierno.

—Mino, Minuzzo...

Era la voz de mi madre. Su rostro iba y venía bajo la trémula luz de la vela.

—Mino, angelito mío. Vamos, despiértate...

Y yo me desperté. Me aferré al orgullo para levantar esos párpados que habrían permanecido cerrados durante horas. No podía traicionar la confianza de mi familia, los dulces ojos de Agatella: la noche anterior le había prometido que iría a recoger moras negras para ella.

A la camiseta de tirantes que llevaba, mi madre añadió unos pantalones cortos, que pronto pasarían a Nino y Peppino. Tenía que conservarlos a toda costa: de haberlos estropeado, habría tenido que ir con el rabo al aire y un gato se lo habría comido.

Mi padre estaba en la entrada y pasaba las correas por encima de la carreta. Se paseaba por ferias y mercados vendiendo las cosas inútiles que llevan de cabeza a las mujeres: lazos, lacitos, fundas de almohada, cintas, cinturones, algún que otro retal a precio de ganga. Mi padre no se cansaba nunca: siempre empujando su carreta, de lunes a domingo, todos los santos días del año, incluidos Pascua y Navidad. Su vida, nuestra vida, dependía de aquella pequeña carreta, de las baratijas que cargaba consigo. Tenía que afanarse más que una bestia y sudaba más que una bestia. Y en verano apesta-ba que ni las bestias.

—Turiddu —decía mamá—, ¿qué te parece si vamos al mar un rato?